EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

09 de Noviembre de 2026 N° 47



¿Quién es Laodicea HOY? *(p.2)*

Los primeros deberes de la madre

- *E. G. White* (p. 14)

"La Victoria Divino-Humana de Jesucristo" -*(p.17)*

¿Quién es Laodicea HOY?

Apocalipsis 3.14-22

Por: John García

De Éfeso a Sardis

El tema que queremos estudiar hoy lo hemos titulado: ¿Quién es Laodicea hoy? ¿Y cuál es el mensaje para Laodicea? Retomando los estudios de Apocalipsis y las siete iglesias: hemos estudiado Éfeso, la iglesia cristiana del primer siglo, con sus obras, sus desafíos y sus promesas. Luego Esmirna, la iglesia perseguida, el cristianismo en persecución hasta el año 313, cuando entra la iglesia de Pérgamo.

Pérgamo representa la iglesia cuando comienza a entrar la apostasía de Balaam y de los nicolaítas: la unión del paganismo con el cristianismo, que son esos alimentos ofrecidos a los ídolos, al ídolo trinitario. Balac representa a Constantino y a Teodosio. Esa unión es el nacimiento de la Iglesia católica, que toma protagonismo en la iglesia de Tiatira bajo el nombre de Jezabel.

En Tiatira está la iglesia cristiana que se opone a los desmanes de Jezabel. Así como Elías se opuso a Jezabel, este sería el tercer Elías: entran los valdenses, los albigenses y la Reforma protestante, en el período de los 1260 años.

Luego vimos Sardis, la iglesia cristiana que huye de Europa y se establece en Estados Unidos. Pero cuando este período entra en vigor, en 1798, son iglesias ex-protestantes y ex-reformadas: «tienes nombre que vives, y estás muerto» (Apocalipsis 3:1). El nombre que vive es Reforma protestante, pero están muertos porque han dejado de reformar y de protestar. Y Jesús les envía un mensaje de advertencia: que deben velar para discernir la hora.

Filadelfia y las siete preguntas

Eso nos dio paso a Filadelfia, el remanente de Sardis, que abraza el mensaje de la hora del juicio y que representa la Iglesia Adventista pionera. Tiene una puerta abierta, el lugar santísimo, y tiene promesas que ya vimos que se cumplen en los 144.000.

Hoy nos corresponde la última iglesia que nos queda pendiente: Laodicea, en Apocalipsis 3, desde el versículo 14 hasta el 22. Vamos a tratar de responder siete preguntas:

¿Qué tiempo abarca el período de esta iglesia?
Según la historia, ¿cuál es la iglesia de Cristo en este tiempo de Laodicea? Es el título del sermón.
¿Qué atributos de Cristo necesita conocer esta iglesia? Sería el saludo.

¿Qué buenas obras elogia Cristo de esta iglesia?
¿Qué desafíos, qué problemas afronta esta iglesia, por los que se le reprocha?
¿Cómo deben afrontar este problema, y qué pasa con los que fracasan, con los que apostatan?
¿Qué promesa hay para los que vencen las vicisitudes de esta iglesia y siguen venciendo?

Laodicea: el pueblo del juicio

La primera: ¿qué tiempo abarca? El versículo 14 dice: «Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea». El mismo nombre nos da la clave. Laodicea es una palabra compuesta: “laos”, que en griego significa pueblo, y “dicea”, que viene de dietas (dikaios), que significa juicio o justicia. Significa el pueblo que vive bajo el juicio, que comenzó en 1844.

El llamado va a los líderes de esta iglesia, y su período abarca todo el tiempo desde 1844 hasta el fin del tiempo de gracia, cuando vienen las plagas y termina el juicio. Nosotros, en el 2026, todavía estamos en este período de Laodicea.

¿Cuál es la iglesia de Laodicea?

Pregunta dos: según la historia, ¿cuál es la iglesia de Cristo en este período? El remanente que hereda la fe de la iglesia anterior, Filadelfia, la Iglesia Adventista de los pioneros, y le da continuidad. Laodicea es la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pero la que continúa con la herencia de los pioneros.

Yo sé que esto no nos suena a lo que tradicionalmente los escribas y fariseos nos han enseñado. Pero Laodicea es la que toma el testigo y lo sigue levantando. Es como una carrera de relevos en el atletismo: el que va corriendo trae el testigo, y el otro lo toma y sigue corriendo.

Sé que nos choca, porque se nos ha enseñado que esta es la iglesia corporativa. Pero ya lo hemos estudiado: la iglesia corporativa, después de toda la apostasía que ha



hecho, según el mismo espíritu de profecía, ¿no es hermana de Babilonia? ¿Y puede ser hermana de Babilonia y a la vez Laodicea? ¿Que dicen que son la iglesia verdadera? Los católicos también lo dicen, y eso no los convierte en la iglesia verdadera. Aquí no vale lo que la gente dice, sino lo que está escrito en la Palabra.

El Amén, el testigo fiel y verdadero

Pregunta tres: ¿qué atributos de Cristo necesita esta iglesia? A cada iglesia se presentó según su necesidad; a Esmirna, como el que había muerto. A Laodicea, dice el versículo 14: «He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios».

Cuando Jesús se presenta como el Amén, quiere decir que lo que él dice debe ser sin discusión. Cuando enseñaba, decía «de cierto, de cierto os digo», que sería «amén, amén». Y el testigo fiel me recuerda la palabra del apóstol Pablo: Jesucristo «testificó la buena profesión delante de Poncio Pilato» (1 Timoteo 6:13). En medio de la tribulación dio testimonio de la verdad; no va a cambiar el mensaje por la circunstancia.

El principio de la creación de Dios

Pero quiero que nos detengamos un poquito más en «el principio de la creación de Dios». Algunas iglesias lo han malinterpretado como «el primer ser que Dios creó». No es lo que dice, y no puede decir eso, porque la Biblia no se contradice. En Proverbios 8, Juan 1 y Colosenses 1 se dice claramente que Cristo es el creador. Sobre todo, enfáticamente, Juan 1:3: «Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho». Si Cristo lo creó todo, él no puede ser creado: se exceptúa, porque no puede crearse a sí mismo.

¿Qué significa entonces? El texto que mejor lo explica es Colosenses 1:15-19, porque usa la misma expresión y añade otras cosas: «El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura». Colosenses 1:15-19 sirve para colocar principio como sinónimo de primogénito: el principio de la creación es el primogénito de la creación. Y explica por qué Cristo es el primogénito: «Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten: y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia; él que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado» (Colosenses 1:15-18).

Otras versiones dicen «la preeminencia». Me gusta mucho esta, porque contrasta con las doctrinas falsas: el primado es de Cristo, no de ningún otro ser. «El principio», en el versículo 18, se explica como el primogénito. El principio de la creación de Dios es el que principió la creación; Jesucristo dio origen a la creación. Dios le dio esa posición para que sea el primogénito, el principal, el primado. Y el 19 nos da el equilibrio: «Por

cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud».

Lo que el mundo adventista necesita conocer

Cuando Jesús se presenta de una forma es porque la iglesia, por la circunstancia por la que va a pasar, necesita conocer esa gran verdad. Y sabemos que una de las cosas que se han puesto en tela de juicio —no hablo del mundo, ni del catolicismo ni del protestantismo, sino del adventismo en general— es justamente esa: que Jesucristo es el creador, el único colaborador del Padre en la creación.

No es casualidad. Hablo de todos los grupos adventistas: la corporación, la Reforma, los davidianos, la otra reforma, los disidentes de la salida al campo y también los de «la verdad del Padre y el Hijo». En todo ese mundo adventista se necesita conocer esta gran verdad: que Jesucristo es, como dice Patriarcas y profetas, página 12 —y lo saca de Proverbios 8—, el único colaborador del Padre en la creación, porque todo fue creado por medio de él y para él, dice Colosenses.

Ningún elogio

Pregunta cuatro: ¿Qué buenas obras elogia Cristo de esta iglesia? Ninguna. Todas las iglesias tenían un elogio, hasta Sardis. Laodicea no tiene ninguno, porque su condición es terrible.

Nosotros somos Laodicea, porque somos los que estamos continuando con el adventismo que tenían los pioneros. A mí me hubiera gustado que fuéramos Filadelfia, pero para eso necesitaríamos estar en la condición de Filadelfia. Los nombres no son lo que queramos ser, sino lo que somos.

La tibieza

Pregunta cinco: ¿cuál es el reproche, cuáles son los desafíos? Los versículos 15 al 17 los presentan: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:15-16). El principal peligro de esta iglesia es la tibieza.

¿Qué es la tibieza según la Palabra? Tibio es algo que estaba caliente y se ha ido enfriando. Jesús habló del enfriamiento espiritual en Mateo 24: «Y por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se resfriará» (Mateo 24:12). El amor —que, por cierto, en Éfeso se dice que debe ser caliente— es lo caliente. ¿Qué ha enfriado el amor de muchos? Según Jesús, la maldad.

Cuando hurgamos más, la palabra «maldad» en Mateo 24 es anomia, que significa sin ley: lo que se llama antinomianismo, las enseñanzas contrarias a la ley de Dios. De ahí viene la tibieza de Laodicea. Ningún adventista dice que la ley está abolida. Entonces, ¿qué dicen los adventistas en general de la ley que les ha causado enfriamiento espiritual?

La enseñanza nueva que ha surgido: «Sí, la ley está vigente, pero no se puede guardar perfectamente». Y si no se puede guardar perfectamente, ¿para qué me esfuerzo? Me quedo como estoy, y al final seré salvo porque estoy en el conocimiento. Esa

es la causa de la tibieza: el rechazo de guardar perfectamente la ley.

Rico y enriquecido

¿Qué debemos hacer para dejar la condición laodicense y ser sellados? La respuesta está en el versículo 18; ahora estamos en el 17, que añade otros elementos del problema: «Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa». En una sola palabra: arrogancia, o autosuficiencia. Se cree que todo lo tiene y que no necesita de nada ni de nadie.

¿Qué significa riqueza en la Biblia? Santiago 2:5 lo define: «Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?». En el uso simbólico, la riqueza es la fe. Laodicea se cree rica porque cree que tiene fe.

Esto viene de una verdad que se toma mal: el adventismo original, estudiando la Biblia y comparando su fe con la del católico y la del protestante, sabe que tiene la verdad. Y es verdad. Pero cuando uno no lo asume con humildad, el resultado es la arrogancia: «Tengo la fe pura y estoy en la iglesia que tiene la verdad; no necesito nada más». El problema es creer que por tener conocimiento ya no necesito nada; creer que la riqueza es conocimiento teológico o teórico.

La ley en tablas de piedra

Un ejemplo bíblico: ¿los judíos tenían la ley verdadera? Sí. En el Sinaí Dios les proclamó los diez mandamientos, los escribió él mismo en tablas de piedra, y las guardaron en el santuario. Pero el antiguo pacto fracasó, y surge la necesidad del nuevo. Y dice el Señor: «Daré mis leyes en el alma de ellos, y sobre el corazón de ellos las escribiré» (Hebreos 8:10). El problema no estaba en la ley. Los judíos tenían la verdadera ley, no estaba cambiada, pero la tenían en una tabla de piedra.

Mucha gente la tiene colgada en un cuadro. En Venezuela recuerdo esta creencia: muchas casas tienen un altar con la Biblia abierta en el salmo 91, y piensan que eso les va a dar protección. O piensan que porque se bautizaron van a ser salvos, y no hacen nada más. El problema es pensar que tener la ley, tener el conocimiento, ya te da la salvación, sin tenerlo dentro del corazón. Es bueno tener la verdad, pero si no es escrita en tu mente y en tu corazón, no sirve de nada.

Laodicea cree que por tener el conocimiento y ser parte de esa iglesia ya es salva. Ese es el grave peligro, y en algún grado, en los diversos grupos, todos lo piensan.

Ni la corporación ni el campo salvan

El que está en la corporación no se sale, aunque vea al papa predicando un sábado, porque dice: «La salvación está dentro». Hay quienes predican que el sellamiento es en Jerusalén, porque Ezequiel 9 dice: «Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman» (Ezequiel 9:4); y que, por tanto, no puedes salirte de la

corporación, porque te van a sellar estando dentro. Es una mala interpretación del texto, porque Jerusalén no es un lugar: es un grupo de personas que profesa la fe.

Que nadie se sienta atacado personalmente; ataco una idea. Otros dicen: «La salvación es irse al campo; si no estás en el campo, estás perdido», y lo colocan como un lugar geográfico. Pero aquí en Europa yo he conocido mucha gente que vive en el campo, que son veganos, y ni creen en Cristo. ¿Se van a salvar o van a ser sellados por estar geográficamente en el campo y ser veganos? Eso es propio de la forma humana, no de la espiritual.

Esa es la autoevaluación de Laodicea: «Yo estoy en la iglesia, yo estoy en el campo, yo soy vegano, yo doy el diezmo». Como el fariseo, que enumera lo que hace y por eso se cree mejor que el publicano. O en cualquier grupo: «Yo soy davidiano, yo soy de la Reforma, yo soy sabatista». Pensamos que estamos bien porque pertenecemos a un grupo que creemos que tiene la verdad.

Desventurado: lo contrario de bienaventurado

Pero luego viene Jesús, el Amén, el testigo fiel y verdadero, y dice: «y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17, RV1960). Cinco condiciones. Vamos una por una.

¿Qué es desventurado según la Biblia? Es el antónimo de bienaventurado, el que recibe una bendición. Apocalipsis 1:3 dice: «Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas». También aparece en Apocalipsis 14:13: «Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor»; y en Apocalipsis 22:14:



«Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida». El desventurado es todo lo contrario: el que no lee ni oye ni guarda las palabras del Apocalipsis.

Leer, en Apocalipsis 1:3, no es simplemente leer como lo entendemos nosotros: es escudriñar. Si bienaventurado es el que escudriña las profecías, cada uno tiene que preguntarse: ¿estudiamos las Escrituras por nosotros mismos, o simplemente repetimos lo que otro dice de las profecías? Si repito lo que otro dice, soy desventurado. Si estudio y compruebo por mí mismo, como un bereano, soy bienaventurado.

Repetir lo que otros dicen

Es grave repetir lo que otros dicen. En El conflicto de los siglos leemos: «Hay actualmente millares de personas que profesan ser religiosas y que no pueden dar acerca de los puntos de su fe, otra razón que el hecho de que así les enseñaron sus directores espirituales» (El conflicto de los siglos, p. 582). Le preguntas a alguien por qué cree eso, y dice: «Así me lo enseñó el cura». O piensa: «Así me enseñó el hermano X; lo vi en un video en YouTube». Esa es la condición de una persona desventurada: no da razón de su fe; repite lo que otros dicen.

Es grave cuando el director espiritual es un cura o un apóstata, protestante o adventista. Pero sigue siendo malo aunque el que predique sea un predicador de la verdad presente, o inclusive un pionero. Si me preguntan por qué creo eso y respondo: «Así dijo el hermano John», o «así dice Urías Smith», o «así dice Jaime White», sigo siendo un desventurado. Aunque lo que digan sea verdadero, responder basándome en ellos muestra que no he estudiado las Escrituras por mí mismo.

Debo dar razón de mi fe con la Biblia, sin dejar de estudiar a los pioneros. Si usted aprendió matemáticas en la escuela y le preguntan cuánto es 2 + 2, no va a decir: «Es cuatro porque la maestra me dijo que era cuatro». Lo aprendiste de ella, pero respondes: «Mira, tienes dos y tienes dos: uno, dos, tres y cuatro». No citas a la maestra; tú mismo explicas por qué.

Eso tenemos que hacer al predicar la verdad, sobre todo las profecías. ¿Por qué en Daniel o en Apocalipsis tal símbolo es tal cosa? ¿Por qué el oro es Babilonia? ¿Por qué el macho cabrío es Grecia? Puedo aprenderlo de los pioneros, del espíritu de profecía, pero cuando me pregunten, tengo que responder: por esto, por esto y por esto. Si no soy capaz, soy un desventurado.

Las vírgenes fatuas

Y no solamente eso. La Biblia habla de diez vírgenes: cinco prudentes y cinco fatuas o insensatas, como lo ponga la traducción. ¿Por qué las fatuas eran fatuas? Porque no tenían aceite suficiente. El aceite es el Espíritu Santo, y el Espíritu viene por la fe: «¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír de la fe?» (Gálatas 3:2). Y Gálatas 4:6 dice: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones». ¿Y quiénes son hijos?



Juan 1:12 dice: «Mas a todos los que le recibieron, dioles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre». Los que creen son hechos hijos; entonces, si sois hijos, es porque habéis creído. El aceite viene por la fe, pero es una fe personal, intransferible.

A las fatuas se les acabó el aceite. Comprar no estaba en su mente; eso se lo dijeron las prudentes. Las fatuas les dicen: «Dadnos de vuestro aceite» (Mateo 25:8). Es decir: transfiéreme un poquito de tu experiencia. ¿Las vírgenes fatuas son Babilonia, son rameras? No, son vírgenes. Tienen la doctrina correcta, la fe correcta, pero son fatuas. Son de Laodicea, porque su fe depende de otro miembro de la misma iglesia.

Representan a quien sostiene la verdad, pero cuando le preguntas por qué la cree, responde: «Porque lo dijo esta persona que yo sigo», o inclusive: «Porque así dicen los pioneros». Responder así es ser vírgenes fatuas. Hay que estudiar.

Miserable

Miserable es otra de las condiciones terribles de esta iglesia. Buscando cada palabra en la Biblia, la encontramos en Romanos 7:24: «¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?». Pablo dice de sí mismo que en ese momento de su vida era miserable.

¿Y qué era Pablo cuando era miserable? En el versículo 12: «De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno». Habla alguien que cree en la ley: no es un católico ni un protestante; es un adventista. En el 14: «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal»: entiende que tenemos carne de pecado. En el 17: «De manera que ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí»: sabe que el pecado está en él. En el 19: «Porque

no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, este hago».

Del 21 al 25 describe lo que es ser miserable: «Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: Que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios» (Romanos 7:21-22). Se deleita en los diez mandamientos: es un adventista, o también un judío. «Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (Romanos 7:23). Conoce la ley, pero su cuerpo tiene otra ley, y hay una batalla. ¿Quién la gana? La carne. ¿Y él qué es? Un cautivo, un esclavo.

Miserable, entonces, es el adventista que cree en la vigencia de la ley, en que es santa, en que hay que guardarla, que se deleita en los mandamientos, pero en la práctica sigue siendo esclavo del pecado. Laodicea tiene la ley en alto, predica de la ley, pero no tiene lo que tiene el hombre de Romanos 8.

Pobre, ciego y desnudo

Después de hablar del miserable, Romanos 8:1 dice: «Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al espíritu». En Romanos 7 está el adventista que está solo con la ley; en Romanos 8, el que tiene la ley y la fe de Jesús. Puede ser cualquier creyente, pero aquí es más propiamente el adventista.

Eso nos lleva a la pobreza. Si la riqueza es la fe, ser pobre es no tener la fe de Jesús. No la tiene porque no está en la condición de Romanos 8; no tiene a Cristo y su justicia.

Y es ciego: no ve su pecado ni su condición. Esto vuelve a hablar del Espíritu Santo, porque ser ciego es no tener discernimiento, y el discernimiento espiritual lo da el Espíritu Santo. Por eso dice: «unge tus ojos con colirio, para que veas». Y como resultado de todo esto aparece desnudo: no está vestido de la justicia de Cristo.

Antes de la solución, algo que saltamos: el peligro de seguir en esta condición. El versículo 16 dice: «te vomitaré de mi boca». Ya lo hemos hablado: vomitar significa ser expulsado del juicio; que Jesús deja de interceder por uno. Los que no se arrepienten y no vencen esa condición, al final serán expulsados: su nombre será borrado del libro de la vida y no será confesado.

Compra de mí

Ahora sí, la solución: ¿cómo afrontar este problema? Es la pregunta seis, y la respuesta está en el versículo 18: «Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas» (Apocalipsis 3:18). Fíjense en que todo está en él: todo lo que necesitamos lo encontramos en Cristo, porque dice «de mí compres».

El oro es la fe, la fe de Jesús. Las vestiduras son la justicia de Cristo. Y el colirio, algo que se echa en los ojos

para aclarar, es el Espíritu de Cristo. Todo es de Cristo.

Pero miren qué malo Jesús, que no nos lo regala: nos lo vende. A cambio le damos la vida antigua. En otros versículos dice: «el que tiene sed, venga: y el que quiere, tome del agua de la vida de balde» (Apocalipsis 22:17). El agua es gratuita, pero esto hay que comprarlo. Y buscando en la Escritura, porque todo hay que comprobarlo con la Escritura, y sobre todo con la palabra de Jesús, encontré en Mateo 13 una cosa tremenda: Jesús habla de comprar.

El tesoro escondido y la perla preciosa

«Además, el reino de los cielos es semejante al tesoro escondido en el campo; el cual hallado, el hombre lo encubre, y de gozo de ello va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo» (Mateo 13:44). El hombre no tiene dinero; si lo tuviera, no tendría que trabajar. Trabaja en un terreno alquilado para sembrar —por eso ahora lo va a comprar—, y se da cuenta de que tiene un tesoro. Lo esconde de nuevo para que nadie más lo sepa, y vende todo lo que tiene: la caseta, la ropa, los libros, el coche, para poder comprar ese campo.

Lo mismo en la parábola de la perla: «También el reino de los cielos es semejante al hombre tratante, que busca buenas perlas; que hallando una preciosa perla, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mateo 13:45-46). Para poder comprar tengo que tener dinero, y ese dinero lo consigo solo si vendo todo lo que tengo.

Vender implica renunciar. Jesús habla aquí de renunciamiento: hay que renunciar a lo que creo que tengo. Laodicea tiene que vender todo lo que cree que tiene para comprar el oro —como la perla o el tesoro—, las vestiduras y el colirio. Necesitamos renunciar a todo: a la vida misma, a toda posesión que va en contradicción con la fe de Jesús, con la justicia de Cristo, con el discernimiento que nos da el Espíritu Santo. Solo así podremos comprar de Cristo.

Lo que vendimos por la verdad

Quiero dar un testimonio, y no quiero que lo vean mal. Todos sabemos que muchas veces, para comprar esta verdad, nos ha tocado vender muchas cosas. Algunos, su carrera o su expectativa de una profesión dentro de la corporación. Como ilustración: cuando vinimos de Venezuela a España, tuvimos que dejar la casa, la tierra, la familia; renunciar a todo lo que teníamos. Y una de las cosas más preciadas que yo tenía, ya saben cuál: los libros. Toda mi biblioteca la tuve que dejar en Venezuela, porque no se puede traer todo eso en el avión —se cae el avión de tanto peso—.

Implica todo eso, y también lo que le dijo a Nicodemo: nacer de nuevo. ¿Y por qué uno renuncia? Porque ha encontrado una perla preciosa, un tesoro en el campo; porque sabe que lo otro tiene más valor. ¿Por qué no nos tembló el pulso al renunciar a la carrera de teología en Venezuela? Porque descubrimos que esta verdad era un tesoro que no estaba en ninguna otra parte. Y cuando me

pusieron a escoger, yo dije: «No, yo quiero el tesoro».

Sé que a todos nos ha pasado algo similar. La comodidad en la iglesia de la corporación se valora. Reunirse en una casa o, como algunos se burlan, venir a predicar detrás de una ventana, a veces choca con la costumbre. Pero todo es para comprar la perla preciosa, el oro, la fe de Jesús.

Es como el joven rico, al que Jesús le dijo que dejara todo: «anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme» (Mateo 19:21). Él es el ejemplo contrario al de las dos parábolas, donde la persona encuentra el tesoro y lo deja todo. El joven se fue con sus riquezas, pero se fue triste, porque vio que Cristo era el tesoro escondido y quería tener las dos cosas a la vez. Y eso es lo que Jesús está enseñando: no se pueden tener las dos cosas a la vez.

El oro: el mensaje de Waggoner y Jones

Volvemos a Laodicea para terminar. El Señor nos dice que compremos el oro, la fe de Jesús. Y no puedo decir otra cosa sino que se refiere indudablemente al mensaje que predicaron Waggoner y Jones. Ese es el oro, porque está identificado como la fe de Jesús. Con ella se me da la justicia y el Espíritu de Jesús.

Lo hemos citado: «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos» (Gálatas 3:27). La justicia viene cuando recibimos la fe de Jesús. Y Gálatas 4:6 dice que, por cuanto sois hijos —es decir, porque habéis creído—, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones. El que tiene la fe de Jesús recibe el colirio, el Espíritu de Cristo.

Pero necesitamos ver el tesoro, y el tesoro es el mensaje. ¿Por qué ese mensaje? Porque presenta a Cristo como el primogénito o el principio de la creación de Dios —los primeros capítulos del libro Cristo y su justicia hablan justamente del Creador—; presenta la fe de Jesús, a Cristo en su naturaleza humana, y la justicia de Cristo. Cuando el Señor dice «de mí compres», es porque ya puso el artículo en venta. El artículo en venta es ese mensaje, que no basta con creer teóricamente: hay que aceptarlo y vivirlo.

Sé celoso y arrepiéntete

Exhortación final: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:19). Vuelve al camino. Desde el versículo 16 en adelante se presenta la separación de Laodicea: hay un grupo que no compra, que se mantiene tibio y finalmente será vomitado. Y el remanente es el que compra: el que primero acepta la evaluación de Cristo: «Tú dices esto, pero eres desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo».

Uno se da cuenta: «He sido un desventurado, porque he estado predicando y citando a otros en lugar de citar la Biblia. He sido un miserable, porque creo en la ley de Dios, pero no la guardo; me dejo dominar por la carne. Soy un pobre, porque todavía no tengo suficiente fe, y ciego, porque todavía no discierno». Cuando acepta

el diagnóstico de Cristo, da el paso siguiente: escucha a Jesús decir: «No te desesperes; ahora que has entendido tu condición, yo te vendo la solución». Entonces va y compra el oro, y esa condición deja de ser. Ese es el camino del remanente.

Laodicea se divide en dos: los que no aceptan el diagnóstico, no compran la solución y finalmente serán vomitados; y los que lo aceptan, se esfuerzan en comprar lo que tienen que comprar y se arrepienten. Arrepentirse es volver al estado anterior. ¿Y cuál es el estado anterior de Laodicea? Filadelfia. Es fuerte: la iglesia nominal adventista ni siquiera es Laodicea. Laodicea es el adventismo original, pero tibio: tiene la verdad, pero no la vive.

Yo estoy a la puerta y llamo

Última palabra de Jesús, la promesa, que responde la pregunta siete: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20). ¿Dónde está Jesús? A la puerta de Laodicea. Si esta casa es Laodicea, Jesús está afuera, llamando, porque todavía puede entrar y todavía quiere entrar.

Esta casa no es como las otras, que están llenas de demonios: la figura que se usa en la Palabra es que las Babilonias están habitadas por demonios. Esta no, pero tampoco está Cristo: está vacía, y en peligro. Pero Jesús no la ha desechado, porque no está tocando la puerta de Babilonia ni la de la hija de Babilonia, sino la de Laodicea.

Oír su voz es aceptar el diagnóstico: «Eres un miserable, pobre, ciego y desnudo». Y abrir la puerta es comprar: vender todo lo que tiene y comprar. ¿El resultado? Ya no se quedará fuera: «entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo».

De las tres comidas —el desayuno, el almuerzo y la cena—, Jesús escoge la cena. No solamente porque es la última, sino porque es la más íntima. En la invitación a cenar prácticamente viene incluido que se va a quedar. Jesús está diciendo: quiero entrar, pero no solamente de visita; quiero quedarme a vivir. Es lo que él dice: «y vendremos a él, y haremos con él morada» (Juan 14:23). «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:22).

Conclusión

Que el Señor nos ayude a discernir todas estas cosas, que tienen mucho significado y mucha verdad para nosotros, sobre todo para nosotros, que somos el pueblo del juicio; que podamos aceptar el diagnóstico de Cristo, vender todo lo que tenemos y comprar lo más preciado. Y si ya hemos comenzado esa venta y esa compra, no nos detengamos, porque todavía hay muchas cosas que tenemos que vender y muchas cosas que todavía nos faltan por comprar.

ELENA DE WHITE

LOS PRIMEROS DEBERES DE LA MADRE

The Health Reformer, 1 de Agosto de 1872



LOS PRIMEROS DEBERES DE LA MADRE

The Health Reformer, 1 de agosto de 1872

La limpieza, el aseo y el orden son indispensables para el debido manejo del hogar. Pero cuando la madre hace de estos los deberes más importantes de su vida, y se entrega a ellos descuidando el desarrollo físico y la educación mental y moral de sus hijos, comete un triste error. The Agriculturist habla bien sobre este asunto bajo el título de «Aseo sin principios»:

««La limpieza está junto a la piedad»; pero no olvidemos nunca que la piedad es lo primero que se ha de buscar, y después la limpieza hasta donde se quiera. Si alguien supone que quiero decir que uno ha de «convertirse» en el sentido ordinario de esa frase, y luego seguir fregando y restregando con todas sus fuerzas sin aplicar el cristianismo a estos asuntos del lavadero y de la pila, esa persona no me ha conocido. El «fruto del Espíritu es amor, gozo, paz», etc., y vale más que todo precio; el aseo es solo un asunto secundario.

»Estamos poniendo la limpieza por encima de la piedad si cepillamos y restregamos hasta que nuestros nervios quedan tan agotados que el buen humor se vuelve casi una imposibilidad física; o si mantenemos a nuestros amigos en constante temor de dejar una mancha de suciedad en nuestra casa; o si nos permitimos alterarnos mucho por cualquier desastre que ocurra a nuestras alfombras o manteles. Es duro soportar estas cosas si no tenemos medios abundantes y mucha ayuda; y no conozco nada, sino una verdadera filosofía, creída de corazón tanto como con el intelecto, que nos ayude a salir adelante. ¿Deseamos de veras llevar vidas verdaderas y cumplir con nuestro deber para con nuestras familias? Entonces debemos fijar en nuestra mente cuáles son las cosas esenciales para este fin, y hacer con firmeza que las demás cosas queden subordinadas.

»Es el aseo sin principios el que insiste en delantales limpios y caras relucientes para los niños más que en palabras amables y en una paciente simpatía con sus planes y placeres; el que se preocupa más de las moscas y del polvo que de la salud y la felicidad de la familia. Las ventanas brillantes, la pintura sin mancha y los pisos bien restregados son cosas excelentes a su modo; pero si solo pueden obtenerse a costa de perder todo el tiempo y el gusto por la lectura y la recreación al aire libre, téngase la nobleza de soportar algo de suciedad y de harapos, antes que sacrificar la vida por el alimento o el cuerpo por el vestido. Por el bien de cuantos te rodean, y también por el tuyo propio, preserva tus nervios del exceso de tensión, y tu vida intelectual de la inanición. Pero nunca sacrifiques la

limpieza a la ostentación. Dichosos son aquellos niños a quienes se les mantiene provistos de ropa completa y limpia; pero ninguna de estas cosas puede empezar a compararse en valor con el amor y el cuidado de una madre sabia en lo que respecta a la formación del carácter y al desarrollo de una mente sana en un cuerpo sano. Un esposo tiene por qué dar las gracias cuando nunca le faltan los botones y su comida está siempre a su hora y en buen orden; pero merece perder los mejores dones de esta vida quien valora estas cosas por encima de la compañía de su esposa y de su inspiración en todo lo más amable y de buen nombre».

He visto a una madre cuyo ojo crítico podía discernir cualquier imperfección en el ajuste de la carpintería de su casa, y que era muy particular en que la limpieza de la casa se hiciera a fondo en el preciso tiempo que ella había fijado, y la llevaba a cabo con frecuencia a costa de la salud física y espiritual, mientras sus hijos eran dejados a correr por la calle y a obtener una educación callejera. Estos niños crecían toscos, egoístas, groseros y desobedientes. La madre, aunque tenía ayuda contratada, estaba tan ocupada en los cuidados de la casa que no podía dedicar el tiempo para educar debidamente a sus hijos. Los dejó crecer con deformidad de carácter, sin disciplina y sin formación. No podíamos sino sentir que el buen gusto de la madre no se ejercía en la dirección correcta, o habría visto la necesidad de moldear las mentes y las maneras de sus hijos, y de educarlos para que tuvieran caracteres simétricos y temperamentos amables.

Si la madre hubiera dejado que estas cosas a las que ha permitido reclamar su primera atención vinieran en segundo lugar, habría considerado de importancia casi infinita la educación física, mental y moral de sus hijos. Las que toman sobre sí la responsabilidad de madres deben sentirse bajo la más solemne obligación para con Dios y para con sus hijos, de educarlos de tal manera que tengan disposiciones amables y afectuosas, y que sean puros en su moral, refinados en el gusto y amables en el carácter.

La madre ama a sus hijos. Esto es correcto. No puede evitarlo. Pero este amor con frecuencia se aplica mal; pues la lleva a consentir a sus hijos para daño de ellos.

Durante años he mirado a estos niños con sentimientos de tristeza, repitiéndome a veces estas palabras: «Lo que sembréis, eso también segaréis». Estos niños han necesitado la influencia de una mente serena y bien equilibrada. El tiempo de la madre no podría emplearse con más provecho que en buscar la sabiduría celestial, y en estudiar cómo educar a sus hijos para Dios. Si ha de tener éxito, debe tener una firme confianza en Dios, y aquella mente alegre y esperanzada y aquel temperamento pacífico que dimanan de principios religiosos puros. Todo esfuerzo hecho en esta dirección le será recompensado diez veces.

Si las madres descuidan educar debidamente a sus hijos, su descuido se refleja de nuevo sobre ellas, haciendo sus cargas y perplejidades más duros de lo que habrían sido si hubieran dedicado tiempo y cuidado paciente a entrenar a sus hijos en la obediencia y la sumisión. Al fin les

compensará a las madres hacer de la formación del carácter de sus hijos su primera y más alta consideración, a fin de que las espinas no echen raíz y rindan una cosecha abundante. Dios llama a las madres a ser colaboradoras suyas en la formación del carácter de sus hijos, en lugar de malgastar su tiempo en trabajo innecesario para hacer ostentación en sus casas ante los ojos de los visitantes, mientras sus hijos crecen con caracteres torcidos y deformados. No se los educa para la utilidad, ni se moldean sus mentes, a fin de que tengan abnegación y dominio propio, con caracteres hermosos que los ángeles puedan amar. El adorno interior, el ornamento de un espíritu manso y apacible, es lo que Dios valora. En comparación con esto, el adorno exterior es de poca importancia.

Las madres tienen una misión sagrada al dirigir y educar las mentes de sus hijos. No deben estar tan absortas en lo artificial y tan agobiadas de cuidados que no tengan tiempo para educar a sus hijos en el gran libro de la naturaleza de Dios, impresionando sus mentes juveniles con las bellezas de los capullos y las flores que se abren. Los altos árboles, las hermosas aves que trinan sus cantos felices a su Creador, hablan a sus sentidos de la bondad, la misericordia y la benevolencia de Dios. Cada hoja y cada flor, con sus variados matices, perfumando el aire, les enseñan que Dios es amor. Todo lo que es bueno, amable y hermoso en este mundo les habla del amor de nuestro Padre celestial. El carácter de Dios pueden discernirlo en sus obras creadas. Los padres deben aprovechar toda oportunidad para impresionar a sus hijos conectando en sus mentes a Dios con las cosas de la naturaleza, a fin de que miren hacia arriba a través de la naturaleza hasta el Dios de la naturaleza. Llevad a vuestros hijos a considerar a Dios como el Creador de todas las cosas, y a reverenciar y temer a Aquel que está exaltado sobre los cielos, y a amarlo porque él los amó primero. Las evidencias de su amor las tienen por todas partes, hablándoles a través de las glorias de la naturaleza. Pueden descuidarse más bien vuestros asuntos temporales que las necesidades del corazón y el cultivo de las mentes de vuestros hijos.

«E. G. W.»



Citas de la Biblia y Espíritu de Profecía
SOBRE...

LA VICTORIA DIVINO HUMANA

Por: John García

Dios y hombre a la vez

Retomando los estudios acerca de cómo están todos unidos en contra del mensaje verdadero, hoy queremos hacer un recordatorio del mensaje que nos habla de la victoria de Jesús cuando se hizo hombre, con algunas citas bíblicas y del espíritu de profecía que la muestran con claridad.

Comenzamos con Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado». El pontífice que tenemos, que era de la semejanza de Dios —su aspecto divino—, vino también en nuestra semejanza. Y gracias a que, siendo divino, se hizo de nuestra semejanza, puede compadecerse de nuestras flaquezas. Ahí se manifiesta su justicia.

Cuando Jesús hace su ministerio en la tierra, está como Dios-hombre: no es solamente hombre ni solamente divino, sino divino y a la vez humano. Sintió lo mismo que nosotros, y por eso puede auxiliarnos: sabe lo que es ser tentado. «Llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores» (Isaías 53:4). Pero nunca pecó: por su fe divina lo conquistó todo, por el poder de Dios.

La tentación en el desierto

En la tentación en el desierto también se ven su divinidad, su humanidad y su victoria. «Entonces Jesús fue llevado del Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre» (Mateo 4:1-2). Tuvo hambre: es su naturaleza humana.

Como hemos dicho en otras ocasiones, esta hambre no era una debilidad inocente, porque él tenía carne de pecado. Dios creó al hombre para que experimentase el hambre, pero el hambre de Adán antes de pecar era sin pecado. El hambre de Cristo, cuatro mil años después del pecado, era un hambre de pecado.

«Y llegándose a él el tentador, dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan» (Mateo 4:3). Lo tienta a través de su necesidad humana para que use su divinidad, no para vencer un pecado, sino para satisfacer una necesidad propia, egoísta. Y él responde: «Escrito está: No con solo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4).

Vence aferrándose al «escrito está». Pero esa palabra es divina: cuando

cita «escrito está», cita una Escritura que él mismo inspiró a Israel en el pasado. Se aferró a su propia palabra divina, y venció.

El Verbo fue hecho carne

Otro texto, Juan 1: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Aquí está su divinidad. Verbo quiere decir palabra, y la palabra de Dios sale de Dios: Cristo es quien sale de Dios. Ahí se habla de su engendramiento.

En el versículo 14 se muestra su humanidad: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). Fue hecho carne: su humanidad. Habitó, hizo tabernáculo con nosotros. El Verbo que era Dios une su divinidad con la carne de pecado.

Y aquí se muestra su justicia: «vimos su gloria». A través de la carne de pecado se veía la gloria única del Hijo unigénito, llena de gracia y de verdad. Juan nos dice: «Yo vi que él era divino-humano». Y de esa gloria aparece, en el versículo 16, nuestra justicia: «Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia» (Juan 1:16). Tenemos que tomar de su plenitud, sumando gracia sobre gracia.

Veló su divinidad, pero no se desprendió de ella

Dice Elena G. de White: «Cristo no podría haber venido a la tierra con la gloria que tenía en los atrios



celestiales. Los seres humanos pecadores no podrían haber soportado el espectáculo. Él veló su divinidad con la vestidura de la humanidad; pero no se desprendió de su divinidad. Como Salvador divino-humano vino para estar a la cabeza de la raza caída, a compartir sus experiencias desde su niñez hasta la virilidad» (The Review and Herald, 15 de junio de 1905).

Aquí tenemos que derribar el primer mito que se nos ha querido inculcar: que cuando Jesús se hizo hombre dejó de ser Dios, dejó su divinidad. Se repite en los pasillos de las iglesias corporativas, tradicionalistas, caídas. La gente que no es bereana, que es una virgen fatua, repite lo que otros dicen: «Yo se lo he escuchado al pastor». No tienen un estudio propio; si estudiaran, conocerían por lo menos esta cita.

Atención a esa palabra junta: Salvador divino-humano. Pasó por todas las experiencias desde la niñez hasta la virilidad, pero como divino-humano, no solo como humano.

Un cuerpo me has preparado

Otra cita, de El Deseado de todas las gentes, página 14: «Hace casi dos mil años, se oyó en el cielo una voz de significado misterioso que, partiendo del trono de Dios, decía: “He aquí yo vengo”. “Sacrificio y ofrenda, no los quisiste; empero un cuerpo me has preparado.... He aquí yo vengo (en el rollo del libro está escrito de mí), para hacer, oh Dios, tu voluntad”. En estas palabras se anunció el cumplimiento del propósito que había estado oculto desde las edades eternas. Cristo estaba por visitar nuestro mundo, y encarnarse. Él dice: “Un cuerpo me has preparado”. Si hubiese aparecido con la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, no podríamos haber soportado la luz de su presencia. A fin de que pudiésemos contemplarla y no ser destruidos, la manifestación de su gloria fue velada. Su divinidad fue cubierta de humanidad, la gloria invisible tomó forma humana visible» (El Deseado de todas las gentes, p. 14).

Aquí hay una profecía: esa voz en el cielo era Cristo anunciando que iba a encarnarse. Y se explica de qué se despojó. Filipenses 2 dice que se despojó a sí mismo, pero no de su divinidad, porque se veía la gloria del unigénito. Lo que fue velado fue la manifestación externa de su gloria: se despojó de la forma externa de Dios, no de la esencia de la divinidad. Y eso está ya en la página 14.

Las dos naturalezas de Cristo

En el Comentario bíblico adventista leemos: «El apóstol quiere que nuestra atención se aparte de nosotros mismos y se enfoque en el Autor de nuestra salvación. Nos presenta las dos naturalezas de Cristo: la divina y la humana. Esta es la descripción de la divina: “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”. Él era “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”. Ahora la [naturaleza] humana: “Hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo,

haciéndose obediente hasta la muerte". Voluntariamente tomó la naturaleza humana. Fue un acto suyo y por su propio consentimiento. Revistió su divinidad con humanidad» (Comentario bíblico adventista, t. 5, p. 1101).

Las dos naturalezas, como la ley y el evangelio, no debemos separarlas: revistió su divinidad con humanidad; conservaba las dos. Y sigue: «Él había sido siempre como Dios, pero no apareció como Dios. Veló las manifestaciones de la Deidad que habían producido el homenaje y originado la admiración del universo de Dios. Fue Dios mientras estuvo en la tierra, pero se despojó de la forma de Dios y en su lugar tomó la forma y la figura de un hombre. Anduvo en la tierra como un hombre. Por causa de nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza pudiéramos ser enriquecidos. Puso a un lado su gloria y su majestad. Era Dios, pero por un tiempo se despojó de las glorias de la forma de Dios» (ibíd.).

Esto explica Filipenses, que dice que se anonadó. ¿De qué se despojó? De la forma de Dios —porque Dios tiene forma—, y tomó la figura de un hombre; pero no de ser Dios: seguía siendo Dios mientras estuvo en la tierra.

Mortal e inmortal a la vez

Y la cita termina: «Pero Cristo se humilló a sí mismo, y tomó sobre sí la mortalidad. Como miembro de la familia humana, era mortal; pero como Dios era la fuente de vida para el mundo» (ibíd.). Esta última frase presenta la dualidad de Cristo, que era simultánea: no un tiempo humano y luego divino, sino a la vez divino y humano.

Mortal e inmortal a la vez. Y esa dualidad, vista con ojos carnales, a veces nos impide entender toda la obra de Cristo. No debemos permitirlo.

Ningún poder que no nos sea ofrecido

El Deseado de todas las gentes, página 15: «Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. "Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos". Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros» (El Deseado de todas las gentes, p. 15).

Ese es el objetivo del diablo. Y aquí está el propósito de la encarnación: desenmascarar el engaño de que Dios es el autor del pecado, y dar un ejemplo de obediencia. Fue semejante a nosotros, pero no pecó.

Esto es para los que piensan que nosotros pasamos por algo por lo que Jesús no pasó, o que él tenía un poder

que nosotros no podemos tener. Las dos cumplen el mismo objetivo: que Cristo no tuvo nuestra misma experiencia. Cuando el diablo no ha logrado que usted sea ateo, católico o protestante apóstata, dice: «Te dejo ser adventista, pero nominal: cree que Jesús no pasó exactamente por las mismas experiencias».

Dos maneras de alejar a Jesús

Lo logra de dos maneras. La primera: «Jesús no tenía carne de pecado; no fue tentado como nosotros». A otros los engaña desde otra perspectiva: «Jesús tenía carne de pecado y fue tentado como nosotros, pero venció porque tenía un poder que nosotros no podemos tener». Con una cosa o la otra, mantiene a Jesús lejos de nosotros, y en eso trabaja constantemente.

Pero ¿qué dice El Deseado en el mismo párrafo? «Por lo tanto, Jesús fue "tentado en todo punto, así como nosotros". Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente» (El Deseado de todas las gentes, p. 15). Aquí está la respuesta a los dos engaños: soportó toda prueba, con nuestra misma carne; y no ejerció poder alguno que no nos sea ofrecido.

A veces se malentiende, como si Jesús no hubiera usado ningún poder. No dice eso: usó el poder de la divinidad, pero ese mismo poder se nos ofrece. No tenemos excusa.

Su vida testifica que es posible

Sigue la cita: «Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. Él dice: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón". Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios» (El Deseado de todas las gentes, p. 15).

¿Por qué es posible? Porque tenía nuestra misma carne, y el poder con el que venció se nos ofrece. «Pero es que él tenía un poder divino». Sí, y con eso venció. Pero la frase no debe ser: «Él tuvo un poder que yo no tengo», sino: «Él tuvo un poder que yo también puedo tener para vencer como él venció». Ahí está la clave.

El puente entre el cielo y la tierra

El Deseado, página 16 —hemos leído la 14 y la 15, ahora la 16; no hemos llegado a la página 20 y está todo allí —: «Por su humanidad, Cristo tocaba a la humanidad; por su divinidad, se asía del trono de Dios» (El Deseado de todas las gentes, p. 16).

Con una mano se ase de la divinidad de su Padre, que es su misma divinidad —no hay dos divinidades: la del Padre es la misma del Hijo—, y con la otra agarra nuestra humanidad, que también es la suya. Así es el puente, la escalera. Y atención: «Como Hijo del hombre, nos dio un



ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios, nos imparte poder para obedecer» (ibíd.). Esta es una cita clave, de oro.

Con todo su pasivo

Seguimos en El Deseado: «Muchos sostienen que era imposible para Cristo ser vencido por la tentación. En tal caso, no podría haberse hallado en la posición de Adán; no podría haber obtenido la victoria que Adán dejó de ganar» (El Deseado de todas las gentes, p. 92). Lo piensan porque creen que era solo divino.

«Si en algún sentido tuviésemos que soportar nosotros un conflicto más duro que el que Cristo tuvo que soportar, él no podría socorrernos» (ibíd.). Es lo que dice Hebreos: porque tomó la simiente de Abraham, puede socorrernos (Hebreos 2:16-18). «Pero nuestro Salvador tomó la humanidad con todo su pasivo. Se vistió de la naturaleza humana, con la posibilidad de ceder a la tentación. No tenemos que soportar nada que él no haya soportado» (ibíd.).

Pasivo es una palabra de la contabilidad: las deudas acumuladas; en el caso de Jesús, cuatro mil años de deuda de pecado. Si el diablo lo tentó, es porque sabía que podía pecar y perderse. Ese fue el riesgo que corrieron el Padre, al dar a su Hijo, y el Hijo, al venir a esta tierra. Y para nosotros es un consuelo.

No quiso parlamentar con la tentación

El Deseado, página 94: «Y Cristo no había de ejercer el poder divino para su propio beneficio. Había venido para soportar la prueba como debemos soportarla nosotros, dejándonos un ejemplo de fe y sumisión. Ni en esta ocasión, ni en ninguna otra ulterior en su vida terrenal, realizó él un milagro en favor suyo. Sus obras admirables fueron todas hechas para beneficio de otros» (El Deseado de todas las gentes, p. 94). Usó el poder divino, pero no para su propio beneficio.

«Aunque Jesús reconoció a Satanás desde el principio, no se sintió provocado a entrar en controversia con él. Fortalecido por el recuerdo de la voz del cielo, se apoyó en el amor de su Padre. No quiso parlamentar con la tentación» (ibíd.). Hermanos, cuando venga un tentador a querer hablar con usted, no hable con él. Me han escrito en privado personas que se dicen predicadores de la verdad presente, para provocarme: mil veces me dicen «cobarde, no das la cara», y que tienen los mensajes para mandar la foto. Ni siquiera respondo.

Esa persona piensa que el evangelio es una pelea de barrio. Su conducta es la de Goliat, de quien dice la Biblia: «Hoy yo he desafiado el campo de Israel» (1 Samuel 17:10); vino a provocar «a los escuadrones del Dios viviente» (1 Samuel 17:26). Se presenta como predicador, pero es un agitador, porque anda con el espíritu del tentador. Hagamos lo que Jesús hizo: no parlamentar con la tentación. Que me diga cobarde; eso no es lo que Jesús me mandó hacer.

Son falsos apóstoles, falsos mensajeros, como su padre. Así como el diablo se presentó en el desierto, estos apóstoles del enemigo, que se disfrazan como ministros de justicia (2 Corintios 11:13-15), vienen a tentar. Cristo se mantuvo en lo que sabía, que era el Hijo de Dios, y no usó el poder divino para satisfacer al diablo ni a sus mensajeros.

Nada tiene en mí

El Deseado, página 98: «“Viene el príncipe de este mundo —dice Jesús —; mas no tiene nada en mí”. No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. Él no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros» (El Deseado de todas las gentes, p. 98; Juan 14:30). «No tiene nada en mí»: no había en él un pecado acariciado que respondiese a las tentaciones del diablo.

Aquí está la victoria: «La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él» (ibíd.). Así somos hechos idóneos nosotros: con la permanencia del Espíritu Santo, con nuestra humanidad unida a la divinidad de Cristo. Si lo logramos por la fe de Jesús, podremos decir: «Ahí viene otra vez el diablo, y no tiene nada en mí».

«Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina» (ibíd.). Elena G. de White cita a Pedro: «para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia» (2 Pedro 1:4). Si Jesús era divino-humano, nosotros también tenemos que ser humano-divinos, no por nosotros, sino por la permanencia del Espíritu Santo en nosotros.

La mano de nuestra fe

«Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección» (ibíd.). Estar unidos con

Cristo por la fe es tener su divinidad en nosotros.

Hermano, esta cita compacta todo el mensaje de Cristo y su justicia. Tenemos que creerlo y experimentarlo: unidos por la fe a la divinidad de Cristo, alcanzaremos la perfección, limpiados y purificados.

Cargados de una corriente celestial

El Deseado, el mejor libro para este tema, página 330: «En Cristo el clamor de la humanidad llegaba al Padre de compasión infinita. Como hombre, suplicaba al trono de Dios, hasta que su humanidad se cargaba de una corriente celestial que conectaba a la humanidad con la divinidad. Por medio de la comunión continua, recibía vida de Dios a fin de impartirla al mundo. Su experiencia ha de ser la nuestra» (El Deseado de todas las gentes, p. 330).

¿Cómo se unía su humanidad con la divinidad? Suplicando, hasta que se cargaba. Perdónenme el ejemplo: como la batería de un móvil que se va descargando. Oraba hasta recibir una carga de divinidad, para impartirla al mundo.

«Su experiencia ha de ser la nuestra»: orar todas las mañanas, cargarnos de la divinidad de Cristo y salir a la calle a compartir su poder divino.

La transfiguración

El mismo libro, página 389, explica la experiencia de la transfiguración: «Su oración es oída. Mientras está postrado humildemente sobre el suelo pedregoso, los cielos se abren de repente, las áureas puertas de la ciudad de Dios quedan abiertas de par en par, y una irradiación santa desciende sobre el monte, rodeando la figura del Salvador. Su divinidad interna refulge a través de la humanidad, y va al encuentro de la gloria que viene de lo alto. Levantándose de su posición postrada, Cristo se destaca con majestad divina. Ha desaparecido la agonía de su alma. Su rostro brilla ahora “como el sol” y sus vestiduras son “blancas como la luz”» (El Deseado de todas las gentes, p. 389).

«Se transfiguró» (Mateo 17:2): la forma humana se transfiguró en la divina. Los cielos se abren, como en el bautismo, y su divinidad interna refulge de adentro hacia afuera y se encuentra con la gloria que viene de lo alto; se suman, y Cristo se muestra en majestad divina. Es la misma descripción que Juan da en Apocalipsis 1.

De qué se despojó Cristo

Así entendemos Filipenses 2: se despojó de la gloria que viene de lo alto, pero no de la divinidad interna.

Esa gloria es lo que ocurre en el bautismo: los cielos se abren, desciende una gloria de luz, y Juan la llama el Espíritu Santo: «Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él» (Juan 1:32). El Espíritu Santo es la gloria externa de Cristo, su divinidad externa, de la que se despojó al venir a la tierra. En el bautismo la recibe, y en la transfiguración la vuelve a recibir. Pero de su divinidad interna no se despojó, y esa es la que sale en el monte.

Toda la plenitud de la Deidad

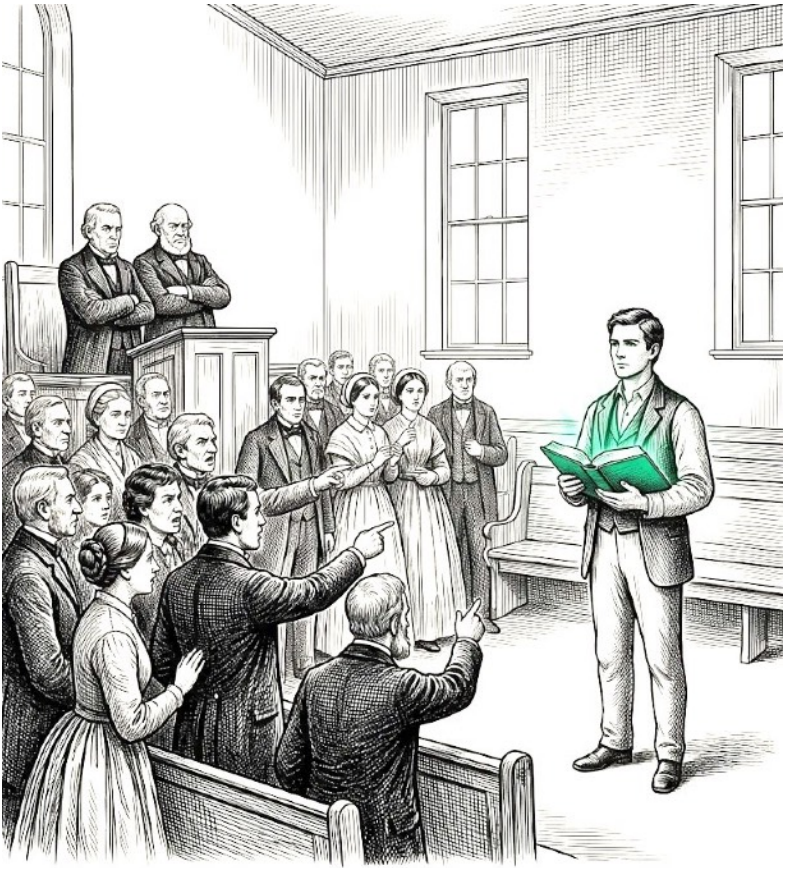
Esta otra cita no es de El Deseado; es el Manuscrito 16, de 1890: «En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Es por eso que, aunque fue tentado en todos los aspectos como nosotros, se mantuvo ante el mundo desde su primera entrada en él sin mancha de corrupción, aunque estaba rodeado de ella. ¿No debemos también nosotros llegar a ser partícipes de esa plenitud? ¿Y no es así, y solo así, que podemos vencer como Cristo venció?» (Manuscrito 16, 1890; Comentario bíblico adventista, t. 7). Por la plenitud de la divinidad que habitaba en él, cuando fue tentado, no pecó. Es lo que dice la Escritura: «Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Colosenses 2:9).

Tremenda cita, de 1890: no solo explica cómo venció Cristo, sino que dice que solo así podemos vencer nosotros. ¿Cómo es que Cristo, siendo un bebé, un niño, no pecó? Porque en él estaba la plenitud de la Deidad. Y esa plenitud se nos ha ofrecido: «que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Efesios 3:17). Si tenemos a Cristo, tendremos su plenitud.

El evangelio en un párrafo

Este es el evangelio en un párrafo; el mensaje de 1888 en un párrafo. Pero la gente no lo acepta, porque le suena diferente a lo que está acostumbrada. Venimos por años del adventismo caído, escuchando un evangelio contrario al mensaje del 88, parecido al catolicismo y al protestantismo; se nos ha enseñado tanto que Jesús no venció por el poder divino, que esto nos asusta.

Por eso la corporación ha caído: porque ha rechazado este mensaje.



Eso es lo que pasó desde 1888, y ese rechazo se agudizó con la muerte de los pioneros y de Elena G. de White. Si esperamos un evangelio verdadero en armonía con lo que dice la corporación o todo el mundo, nos quedaremos postrados con los caídos. Tenemos miedo de andar solos.

Es parte de la naturaleza humana. Por eso es tan fuerte el bullying en los colegios; por eso buscamos pertenecer a un grupo: una iglesia, un partido político, una sociedad. Cualquier enseñanza bíblica que nos aparte del grupo nos aterra: «Me va a alejar de la corporación, de tal hermano; me va a impedir trabajar». Por eso la gente no acepta el sábado, o le da miedo ser vegetariana: choca con la mayoría, con los amigos.

Nadie lo predica

Esto no lo predica absolutamente nadie: ni los adventistas corporativos, ni los disidentes, ni los adventistas del Padre y del Hijo. Su reacción es automática: en lugar de decir «no soy rico ni enriquecido; voy a estudiar por mí mismo», sin haber estudiado dicen: «Eres un hereje».

Pero esto está escrito; no lo inventé yo, ni invento citas sin corroborar, como algunos hacen. Yo lo confirmo primero, y ustedes también pueden: cada cita tiene su referencia, también en la página web, para que la vea con sus propios ojos y la compare con el inglés.

El mismo poder divino

Esta, del Manuscrito 141, de 1901, hay que leerla completa: «No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. Él ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios» (Manuscrito 141, 1901; Mensajes selectos, t. 3, p. 149). Algunos leen «no ejerció en su propio beneficio ningún poder» y se quedan allí. Pero dice: ningún poder que el hombre no pueda ejercer. La plenitud de la divinidad se nos ofrece gratis, por gracia y sin precio.

Solo con la misma potencia divina que recibió Cristo podemos guardar la ley de Dios.

Tres veces la misma cita

En la Bible Echo, Jesús dice: «Yo y el Padre una cosa somos» (Juan 10:30). Se refiere a sí mismo y al Padre cuando habla del poder omnipotente, y reclama para sí mismo la perfecta justicia. Y vuelve la misma cita, repetida en otra revista: «En Cristo habitó corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Es por eso que, aunque fue tentado en todos los aspectos como nosotros, se mantuvo ante el mundo sin mancha de las corrupciones que lo rodeaban. También debemos llegar a ser partícipes de esa plenitud, y solo de esa manera seremos capaces de vencer como Cristo venció» (The Bible Echo, 1 de noviembre de 1892, párr.

8). Es del tiempo de la efervescencia del mensaje de Cristo y su justicia.

Y la última cita por hoy dice exactamente lo mismo, en otra parte; son tres citas que dicen lo mismo: «¿No debemos también nosotros llegar a ser partícipes de esa plenitud? ¿Y no es así y solo así que podemos vencer como él venció?». La respuesta obviamente es sí.

El mensaje de Laodicea

Ese es el mensaje de Laodicea: «Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21). Pero para vencer necesitamos el mismo poder que tuvo Cristo: la plenitud de la Deidad.

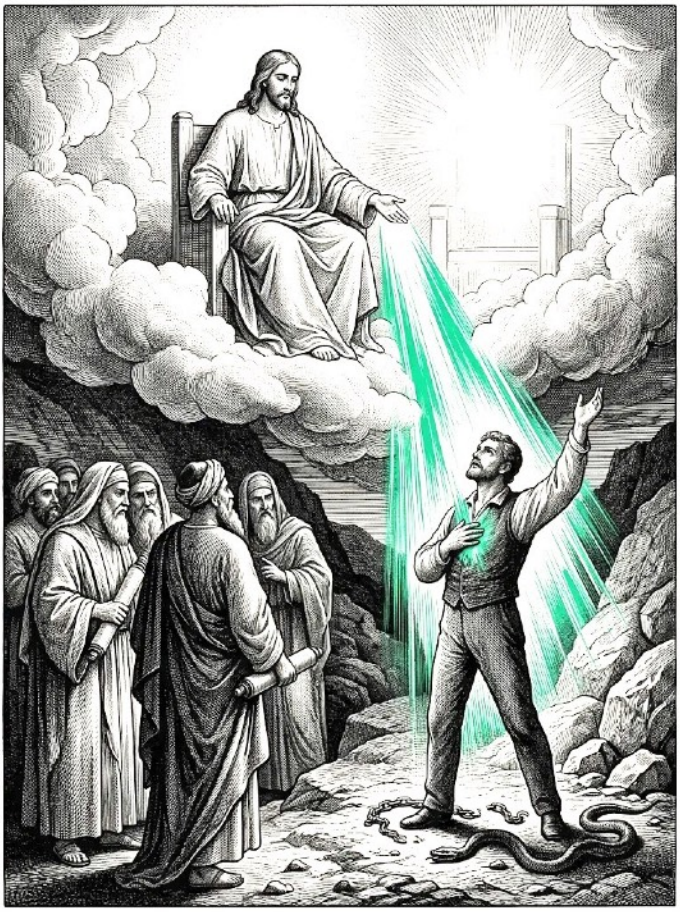
Quise hacer esta pausa en la secuencia de estudios para mostrar las citas más contundentes sobre Jesús y su victoria divino-humana: venció la tentación por la plenitud de la Deidad que habitaba corporalmente en él, y esa plenitud tenemos que tenerla nosotros.

Conclusión

¿Cómo viene? Por la fe de Jesús. Si no somos capaces de creerlo, no vendrá. Jesús dijo al centurión que estudiamos esta mañana: «Ve, y como creíste te sea hecho» (Mateo 8:13). Si usted cree que no se puede, no podrá. Pero si cree que con la plenitud de Cristo podemos vencer todo pecado, como creíste, te será hecho.

Todo se reduce a si voy a creer esto o no. Si me aferro a la tradición, a los teólogos, los modernos escribas y fariseos, no alcanzaré la norma de Dios: «Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 5:20).

Así que, mis hermanos, esto es todo por el estudio de hoy. Que Dios nos bendiga.



LA OBEDIENCIA DE LA FE

Por: F. F. Bastidas

No hacemos buenas obras para ser justos; las hacemos porque hemos recibido la justicia de Dios por la fe.
Por el anciano Freddy F. Bastidas
6 de noviembre de 2026
«Por el cual recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe en todas las naciones por su nombre».
Romanos 1:5

¿Qué significa realmente obedecer a Dios?

¿Es esforzarnos por cumplir sus mandamientos para que finalmente podamos ser aceptados por Él? ¿O existe una obediencia que nace de algo mucho más profundo?
Pablo habla de la «obediencia de la fe». Esta expresión contiene una verdad que necesitamos comprender. La verdadera obediencia no procede de nuestra propia suficiencia, sino de la fe en Jesucristo.
Pablo declara que recibió la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe entre las naciones (Romanos 1:5). Pero pensemos por un momento: ¿necesitaban los apóstoles una ayuda especial para obedecer a Dios que nosotros no podemos recibir? ¿Acaso la gracia que se manifestó en ellos no está disponible también para nosotros?
La Escritura nos enseña que Dios no hace acepción de personas. Su gracia está disponible para todos los que creen. El Señor no nos llama a realizar una obra que debamos cumplir dependiendo exclusivamente de nuestras propias fuerzas. Nos llama a confiar en Él.
Y aquí comienza nuestra reflexión.

Cuando la fe deja de ser una simple profesión

Hay quienes piensan que tener fe significa solamente aceptar ciertas doctrinas, reconocer la existencia de Dios o pertenecer a una comunidad religiosa. Pero ¿es eso suficiente?
Santiago escribió:
«Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta».
Santiago 2:26
La fe verdadera no permanece inactiva. Pablo declara que la fe obra por el amor (Gálatas 5:6). Esto significa que la obediencia no es algo extraño o separado de la fe, sino que es el resultado natural de una fe viva.

Abraham: una fe que se manifiesta en obediencia

Consideremos a Abraham. La Escritura dice:
«Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia».
Romanos 4:3
Abraham no recibió la justicia como una recompensa por haber alcanzado una perfección independiente de Dios. Creyó en la promesa divina, y esa fe se manifestó posteriormente en su obediencia. Por eso Santiago pudo presentar la vida de Abraham como

una evidencia de que la fe genuina produce obras (Santiago 2:21-22). Aquí debemos comprender cuidadosamente el orden. La fe no es una excusa para desobedecer. Tampoco las obras son el precio que pagamos para obtener la justicia. La fe verdadera produce obediencia. ¿Podemos afirmar que confiamos en Dios mientras rechazamos deliberadamente su voluntad? La pregunta nos lleva a examinar no solamente nuestras acciones, sino también el fundamento de nuestra obediencia.

El justo vive por la fe

Habacuc declaró:
«Mas el justo en su fe vivirá».
Habacuc 2:4
Pablo también utiliza este principio en Romanos 1:17. Pero ¿qué significa que el justo viva por la fe? Significa que la vida de justicia no debe descansar en la confianza que tenemos en nosotros mismos, sino en nuestra dependencia de Dios.
De la confianza propia a la dependencia de Cristo
El orgullo humano siempre está dispuesto a decir: «Yo puedo. Yo tengo la capacidad. Yo puedo alcanzar la justicia mediante mis propios esfuerzos». Pero la fe reconoce nuestra necesidad.
Jesús declaró:
«Sin mí nada podéis hacer».
Juan 15:5
¡Qué diferencia! La confianza propia conduce al hombre a mirar sus capacidades. La fe lo conduce a mirar a Cristo.
Pablo expresó su deseo de ser hallado en Cristo, no teniendo su propia justicia, sino la justicia que es por la fe de Cristo (Filipenses 3:9). Y Romanos 3:22 declara que la justicia de Dios es por la fe de Jesucristo, para todos los que creen.
La justicia que necesitamos no puede originarse en nosotros mismos. Debe venir de Dios.

No hacemos buenas obras para ser justos

Llegamos ahora a una de las verdades más importantes de esta reflexión. ¿Somos justificados porque nuestras obras han alcanzado la medida necesaria para que Dios nos acepte? Romanos 4:6 habla de la justicia que Dios atribuye sin obras. Esto nos muestra que la justificación no es el resultado de nuestros méritos. Dios nos recibe por medio de la fe en Jesucristo.
Pero aquí debemos detenernos. ¿Significa esto que las obras no tienen importancia? ¿Que podemos recibir la justicia de Cristo y continuar viviendo indiferentes a la voluntad de Dios? ¡De ninguna manera!
La misma fe que recibe la justicia de Dios produce una vida de obediencia. Filipenses 1:11 habla de los frutos de justicia que son por Jesucristo.

Las obras: fruto, no raíz

Observemos cuidadosamente esta verdad: no hacemos buenas obras para llegar a ser justos; hacemos buenas obras porque, por la fe en Cristo, hemos recibido la justicia de Dios.
Las obras no son la raíz de nuestra justificación. Son el **fruto** de una fe viva. No obedecemos para comprar el favor de Dios. Obedecemos porque hemos comprendido su amor y confiamos en su justicia.

Esta es una diferencia fundamental. Una persona puede intentar cumplir los mandamientos creyendo que, mediante sus propios esfuerzos, logrará hacerse aceptable ante Dios. Pero otra persona puede obedecer porque ha encontrado en Cristo su justicia y su esperanza.
Exteriormente, ambas podrían realizar algunas de las mismas acciones. Sin embargo, el fundamento de su obediencia es completamente diferente: una confía en sí misma; la otra confía en Cristo.

El amor como motivación de nuestra obediencia

Pablo escribió:
«Porque el amor de Cristo nos constriñe».
2 Corintios 5:14
¿Qué es lo que realmente nos mueve a obedecer? ¿El deseo de recibir una recompensa? ¿El temor de ser castigados? ¿La esperanza de obtener bendiciones?
La Escritura nos presenta una motivación más profunda: el amor de Cristo.
Jesús dijo:
«Si me amáis, guardad mis mandamientos».
Juan 14:15
Observemos el orden. Primero, el amor. Después, la obediencia. Cristo no dijo: «Si deseáis obtener mis bendiciones, guardad mis mandamientos». Dijo: «Si me amáis». La verdadera obediencia nace del amor.

Fidelidad más allá de las bendiciones

Por supuesto, la Biblia nos presenta la esperanza de la vida eterna y nos advierte acerca de las consecuencias del pecado. Pero esas realidades no deben ocupar el lugar que corresponde al amor de Dios. ¿Amaríamos a Cristo si nuestra vida no fuera tan cómoda como deseamos? ¿Permaneceríamos fieles si no recibiéramos inmediatamente las bendiciones que esperamos? Estas preguntas nos ayudan a examinar nuestro corazón.
La religión no consiste en utilizar a Dios como un medio para conseguir nuestros objetivos personales. Consiste en reconocerlo como nuestro Señor y vivir para su gloria.
Por eso Pablo escribió:
«Si pues coméis, ó bebéis, ó hacéis otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios».
1 Corintios 10:31
La verdadera fe nos conduce a vivir para Dios, no solamente para nosotros mismos.

La justicia que viene de Dios

Hay un peligro que debemos evitar. Podemos llegar a pensar que nuestra obediencia nos coloca en una posición donde finalmente Dios puede bendecirnos. Pero la Escritura nos muestra que la bendición divina es la que nos conduce a apartarnos del pecado.
Hechos 3:26 declara que Dios envió a Jesucristo para bendecirnos, convirtiéndonos de nuestras maldades.
¡Qué maravillosa verdad! No somos nosotros quienes nos transformamos para obligar a Dios a aceptarnos. Es Dios quien, por medio de Cristo, obra en nosotros para conducirnos a una vida de justicia.

La obediencia como resultado de nuestra unión con Cristo

Esto no elimina nuestra responsabilidad. Al contrario, nos enseña dónde encontrar la fuerza para cumplirla. La obediencia cristiana no es una obra independiente de Cristo. Es el resultado de nuestra unión con Él.
Y cuando comprendemos esto, dejamos de mirar nuestras propias capacidades como la fuente de nuestra justicia. Comenzamos a mirar a nuestro Salvador.

Conclusión: Jehová, justicia nuestra

Jeremías 23:5-6 presenta la promesa de un Rey justo que reinará con sabiduría y ejecutará juicio y justicia. Y su nombre será:
«JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA».
Aquí encontramos la esperanza del creyente. Nuestra justicia no está en nosotros mismos. Nuestra esperanza está en Cristo.
El justo vive por la fe. La fe obra por amor. Y la obediencia verdadera es el fruto de esa fe. Por tanto, no debemos intentar construir una justicia propia para presentarla delante de Dios como si fuera nuestro mérito. Debemos confiar en Jesucristo. Y al confiar en Él, permitir que esa fe produzca en nosotros una vida de obediencia.

Una pregunta para examinar nuestro corazón

La pregunta final es inevitable: ¿estamos intentando obedecer para que Dios nos acepte, o estamos confiando en Cristo y permitiendo que su justicia se manifieste en nuestra vida?
Que nuestra respuesta sea: «Señor, no confío en mi propia justicia. Mi esperanza está en Jesucristo. Enséñame a vivir por la fe, a obedecer por amor y a glorificarte en todo lo que haga».
Porque la obediencia que Dios desea no es la que nace del orgullo humano, sino la que procede de una fe viva en Jesucristo.
El justo vivirá por la fe.

Amén.



¡NUEVO LIBRO!





LA HONRA DEBIDA A DIOS

Reflexiones sobre los diezmos y las ofrendas

Ellet J. Waggoner (1889) · Traducción de John Garcia

ESTA EDICIÓN INCLUYE:

- Traducción nueva y completa del texto de 1889
- Textos bíblicos de la Reina-Valera 1909
- Notas del traductor sobre la King James
- Notas y referencias bíblicas revisadas

YA EN AMAZON

Escanea el código y consíguelo

AntorchaProfetica.site